

# Masculinidades en crisis en *En la orilla*

M. ELENA ALDEA AGUDO, FRANKLIN AND MARSHALL COLLEGE

**L**a conocida como Gran Recesión, cuyos efectos se empezaron a sentir a en todo el mundo a partir de 2008, fue especialmente devastadora en España. El desempleo, el empobrecimiento y la depresión golpearon a las clases medias y trabajadoras del país. *En la orilla*, la premiada novela<sup>1</sup> que Rafael Chirbes publicó en 2013, investiga las causas de esta debacle a través del flujo de conciencia de varios personajes entre los que destaca su protagonista Esteban, que se halla en el ocaso de su vida. Tras perder todas sus pertenencias, incluida la carpintería familiar, a raíz de la crisis económica, Esteban rememora los fracasos personales y colectivos que lo abocaron a la soledad y a un nihilismo existencial, y de los que hizo un fallido intento final por escapar buscando refugio en el éxito económico. Además de retratar la corrupción moral generalizada de la sociedad española actual, en las reflexiones y los recuerdos de Esteban se aprecia la confluencia de diversos modelos de masculinidad, todos ellos inadecuados para el desarrollo completo y equilibrado del sujeto. En su lugar, los personajes están marcados por el egoísmo, la superficialidad y la insatisfacción, sentimientos intensificados por la crisis económica, especialmente en los personajes masculinos. En este ensayo propongo que en *En la orilla* se vincula la persistencia de unos modelos de masculinidad deshumanizantes a la profunda herida causada por la Guerra Civil y la Dictadura franquista, cuyas injusticias reverberan en las de la España democrática, que abrazó ciegamente los valores del capitalismo.

*En la orilla* empieza por el final, con el hallazgo de unos cadáveres en el primer capítulo, en una sección aparentemente inconexa con el grueso de la narración. Chirbes deja al lector la tarea de identificar, una vez concluida la narración, que la carroña descompuesta del principio son los restos del protagonista, su padre y su perro. Pero la muerte y el encuentro de los cadáveres son lo de menos, pese a la repulsa que inevitablemente provoca el tremedismo de la narración, como se aprecia en la economía con la que se narran estos eventos. Lo demás es el grueso tejido de relaciones, injusticias, deseos y frustraciones que envuelve a los personajes, asfixiando a unos y protegiendo a otros. Como observa Helmut C. Jacobs

<sup>1</sup> La novela recibió en 2014 el Premio Nacional de Narrativa, el Premio de la Crítica de Narrativa Castellana, el Premio Francisco Umbral al Libro del Año y fue considerado el mejor libro del año por la revista *El Cultural*, perteneciente al diario *El Mundo*, y también por la revista *Babelia*, asociada a *El País*.

respecto a la obra de Chirbes, “la novela le resulta especialmente adecuada como medio para describir los destinos personales en el contexto social de un tiempo determinado” (175). Las novelas del escritor valenciano desvelan los efectos que los grandes acontecimientos históricos tienen en la vida de los ciudadanos anónimos.

Con una narración de raigambre galdosiana anclada en la realidad y unas técnicas narrativas que fragmentan el relato y desorientan al lector, Chirbes obliga a adoptar una posición activa en la lectura y a establecer conexiones a medida que la urdimbre se va deshilvanando. Los saltos constantes en el tiempo y el espacio narrativos, así como en la voz y los temas tratados, generan un desconcierto que refleja la complejidad e interconectividad de la realidad contemporánea.

Explorar *En la orilla* usando las masculinidades como brújula, permite descubrir las íntimas conexiones entre la España franquista y la España contemporánea pues desvela las (im)posibilidades de construcción de un sujeto exitoso y las dinámicas de desplazamiento de las que se beneficiaron las élites del franquismo y a las que la democracia no puso fin.

En *Masculinities*, una obra clásica en los estudios de género, Raewing W. Connell rechazó los determinismos biológicos para analizar el género y definió la masculinidad como “simultaneously a place in gender relations, the practices through which men and women engage that place in gender, and the effects of these practices in bodily experiences, personality and culture” (*Masculinities* 71).

Contrariamente a la idea popular de la masculinidad como un conjunto de rasgos que se corresponde de forma natural con el sexo masculino, Connell explicó el género como una construcción social multidimensional en la que lo masculino se define en gran parte en relación a lo femenino. Esta construcción, cuyos rasgos específicos varían en el espacio y en el tiempo de acuerdo a parámetros culturales, se articula mediante un conjunto de prácticas influidas por, y a la vez influyentes en el cuerpo. El contexto político, económico y social determinan el prestigio de unos determinados comportamientos sobre otros. Esto permite la evolución de las conductas asociadas a la virilidad y la feminidad en un momento histórico específico.

A pesar de que lo masculino debe entenderse en relación a lo femenino, por razones de concisión, mi análisis se concentra en el primero de los polos. Simplemente apuntaré en este momento la escasa presencia de voces femeninas en la novela. La sumisión y reclusión en el espacio doméstico que el nacionalcatolicismo impuso en la mujer española de la postguerra se traslada a las páginas de *En la orilla* a través

## *Polifonía*

de la casi completa invisibilidad femenina. Aunque la democracia ha ampliado notablemente las fronteras del mundo accesible a la mujer, todavía quedan espacios casi completamente masculinos, como por ejemplo, el negocio de la construcción y los sectores relacionados con el mismo. El que fuera motor de la economía española y a la vez epicentro de la crisis económica de 2008, es uno de los círculos en los que se desenvuelve Esteban y en el que se observan prácticas de masculinidad hegemónicas.

Al ser el género una categoría que engloba las relaciones de poder no solo entre hombres y mujeres sino entre grupos de hombres entre sí, existen diferentes tipos de masculinidad. Connell aplicó el concepto gramsciano de hegemonía al estudio de la masculinidad y distinguió cuatro posiciones en su seno: hegemónica, cómplice, subordinada y marginalizada. La socióloga australiana definió la masculinidad hegemónica como el conjunto de prácticas sociales que mejor legitima el patriarcado (la dominación global de la mujer por parte del hombre) en un momento dado, siendo la masculinidad subordinada el opuesto de la primera. Los hombres homosexuales o afeminados se hallarían en esta posición subordinada. La masculinidad cómplice sería aquella en la que operan hombres que no muestran las cualidades que gozan de mayor prestigio social pero sin embargo se aprovechan de los beneficios del patriarcado. Finalmente, en la masculinidad marginalizada operan otras categorías sociales como la raza, la clase o la ideología, que impiden alcanzar la posición hegemónica aún incluso si se poseen rasgos asociados con esta última. Estas cuatro posiciones no deben ser entendidas como compartimentos-estanco sino que es necesario recordar la naturaleza fluida del género. Esto implica que un sujeto puede ocupar diferentes posiciones a lo largo de su vida y también la superposición de las posiciones (Connell y Messerschmidt 839)

Los personajes de *En la Orilla* ilustran tres de las cuatro posiciones descritas arriba, faltando únicamente la subordinada ya que ningún personaje se entiende a sí mismo como homosexual ni afeminado. Mientras que Francisco, el mejor amigo de infancia y juventud de Esteban, encarna la masculinidad hegemónica, las prácticas de Esteban se sitúan en la órbita de la masculinidad cómplice. Finalmente, el padre de Esteban es un caso ejemplar de masculinidad marginalizada. Mostrando la naturaleza fluida del género, Esteban y Francisco intentan adoptar prácticas características de otras masculinidades, resultando ambas infructuosas. En el caso de Francisco, es una decisión personal la que lo mantiene en la posición hegemónica. Por el contrario, las circunstancias económicas y políticas son las que impiden que Esteban iguale a su amigo en la escala de poder, agudizando su sentimiento de fracaso.

No obstante, para entender el agudo cinismo de Esteban y su absoluta desconfianza hacia el ser humano se requiere examinar la relación con su padre, el modelo de masculinidad más próximo, y las circunstancias históricas que la determinan. El padre de Esteban se crió en el seno de una familia republicana de clase humilde, cuyo medio de vida era una carpintería familiar en Olba, un pueblo ficticio en la provincia de Valencia. El alzamiento militar de 1936 le arrebató mucho más que la adolescencia. Enviado a luchar al frente a los quince años, sufrió el terror de la guerra durante un año y medio, la pérdida de su padre al ser fusilado por los nacionales y tres años de cárcel para purgar la “culpa” de haber defendido la República. El discurso franquista transformó la defensa de la legalidad frente al golpe de estado militar en traición a la patria, y representó a los hombres republicanos como seres envilecidos y afeminados. Tras el fin de la guerra esta narrativa siguió operativa y puso en marcha la exclusión social y económica de los vencidos cuando regresaban a sus pueblos después de la cárcel. Se dificultaría incluso la obtención de un trabajo, ampliando así la derrota de los vencidos hasta incluir no solo la esfera personal sino también el entorno familiar y social.

La persecución y humillación pública de los vencidos fue especialmente intensa durante los primeros años de la dictadura y en ella participó una gran parte de la sociedad española. Como explica la historiadora Ángela Cenarro,

*En los años cuarenta las fisuras de la década anterior se habían convertido en una tremenda fractura social que permitía a ‘caciques’, grandes o pequeños propietarios, fervientes católicos y cualquiera que hubiera estado junto a Franco, saldar viejas cuentas pendientes con los ‘vencidos’. Al amparo del nuevo marco legislativo, insultos, amenazas, extorsiones económicas, abusos sexuales y todo tipo de humillaciones públicas florecieron de manera espontánea entre la población “afecta al Glorioso Movimiento Nacional. (79)*

En este contexto, la salida de la cárcel no liberó al padre de Esteban. El trauma de la sangrienta contienda y la demoledora represión de las instituciones y la sociedad franquista lo encerraron en la amargura y el resentimiento. A la difamación del modelo de masculinidad del (miliciano) republicano que encarnó su padre, (el abuelo de Esteban) que se inició en el bando nacional incluso antes del estallido de la guerra, se unió la desazón de no poder ni siquiera encarnarlo. El miliciano lujurioso, inmoral, inculto, soez, cobarde y en ocasiones afeminado de la propaganda franquista nada tenía que ver con su padre, el hombre que dedicó su esfuerzo a trabajar por su familia, a cultivarse mediante la lectura de los autores soviéticos, y a enseñarle a su hijo no solo un oficio sino también la justicia social y la conciencia de

clase. Ese modelo desdibujado por los lápices franquistas tampoco se parecía a los valientes compañeros del frente que lucharon por sus ideales y que no se entregaron en 1939. Por el contrario, se unieron al maquis o se refugiaron en una zona pantanosa donde sufrieron una existencia miserable marcada por la persecución y la enfermedad.

A diferencia del protagonista de la novela, que no veía más que sacrificio inútil en esa resistencia en el pantano, el padre de Esteban entendía que esos hombres conservaban la dignidad que a él le habían arrebatado y los miraba con admiración. A su juicio, ellos encarnaban el modelo de masculinidad heroica, el cual la España franquista se había jurado exterminar. A estos hombres del pantano se los condenó al extremo más perverso de masculinidad marginada, al ser incluso cazados como alimañas. Pero también al padre de Esteban, que al carecer de nombre en la novela adquiere un carácter simbólico, se le negó el respeto y la dignidad y, considerado traidor a la patria –pecado capital en el contexto de nacionalismo extremo de la época– se le desposeyó de su virilidad. Es evidente que, como explica Connell, en el vaciado de poder que se opera en este tipo de masculinidad el género actúa junto a otras categorías (*Masculinities* 80). En el caso que nos ocupa es la otra categoría es la ideología.

Atormentado por lo que interpretaba como cobardía propia, durante toda su vida el padre de Esteban culpó a su familia por haber optado por la vida “fácil” del rojo “reinsertado” en lugar de la vida de sufrimiento del pantano, de ahí que no pudiera encarnar el modelo de masculinidad que, aunque proscrito por el franquismo, él admiraba. El trauma de la guerra junto a la obligación de encarnar una masculinidad marginalizada dieron forma a un ser psicológicamente lisiado. Así reconoce Esteban en un imaginario diálogo con su padre:

*La opción te pareció así de clara, tajante: tenías que elegir: éramos nosotros o la dignidad [de resistir en el pantano], y tú generosamente nos elegiste a nosotros –los que estábamos y los que íbamos a llegar–, sacrificaste el tesoro de tu dignidad aunque estabas convencido de que esa generosidad con que nos habías premiado era un modo de traición a los tuyos, la odiaste y consecuentemente no pudiste querernos a quienes nos habíamos beneficiado de ella (155)*

Inhabilitado para establecer conexiones emocionales, fue un ser aislado e inaccesible incluso para su propia familia. Este aislamiento propició que a pesar de

que Esteban no viviera la guerra, sí sufriera los efectos de unas experiencias traumáticas que sucedieron antes de su nacimiento.

Que los efectos de las vivencias traumáticas sobrepasan la generación que los experimentó es lo que Marianne Hirsch analizó con el concepto de postmemoria.<sup>2</sup> Hirsch constató que al ser expuesta a la memoria del Holocausto, la segunda generación que no sufrió el terror nazi incorporó esas memorias casi como si fueran propias (8-9). Edurne Portela adapta este concepto al contexto español y asegura que a la dificultad de transmitir las memorias de un evento traumático, tarea “en muchos casos difícil o imposible por la magnitud del trauma, el cual sume en el silencio al individuo que lo ha sufrido, (...) [se suma] el miedo a hablar por la censura y las terribles represalias políticas durante el franquismo” (55). Al contrario que a los supervivientes de los campos de concentración nazis, a los perdedores de la guerra civil española se les arrebató incluso la posibilidad de relatar sus experiencias. El padre de Esteban no pudo crear y compartir una narrativa con la que explicar y superar las pérdidas y el terror que vivió en la adolescencia y continuó en la posguerra.

Incluso en el marco familiar, sus referencias al pasado nunca pudieron ser directas, lo que ahondó la incomprendión padre e hijo y llevó a Esteban a rechazar lo poco que le contaba su padre. Así, asegura: “No soportaba las alusiones de mi padre – siempre misteriosas- a cosas que habían ocurrido [en el pasado]. Primero, no las entendía; luego, me aburrieron. Al final me asquearon” (186). El arrinconamiento en una masculinidad marginalizada conllevó también la autocensura del padre de Esteban y el consecuente rechazo de su hijo, incapaz de comprender las consecuencias de unos hechos silenciados. El mecanismo de silenciar al perdedor que las instituciones de la dictadura, en colaboración con la sociedad, impusieron en el padre de Esteban fue pues interiorizado y reproducido por el hijo.

Frente al modelo de masculinidad marginalizada con el que creció Esteban, Francisco, el mejor amigo del protagonista, cuyo padre franquista se enriqueció y ascendió socialmente gracias a la contienda, pudo construir una masculinidad hegemónica y alcanzar el éxito social y económico. El conflicto entre el paradigma inalcanzable representado por Francisco y el disponible pero marginalizado del padre llevó a Esteban a rechazar al último y todo lo que representaba. La incomprendión de Esteban hacia su padre adquiere ecos alegóricos de una España

---

<sup>2</sup> Desde que formuló su concepto de post-memoria en 1992, Marianne Hirsch lo trabajó este concepto, refinándolo y profundizándolo. Para una visión actualizada del mismo consultar su última obra, *The Generation of Postmemory. Writing and Visual Culture After the Holocaust* (2012).

fracasada, incapaz de enfrentar su pasado traumático y las profundas injusticias del franquismo que se relegaron durante la Transición y que la democracia no llegó a solventar.

Francisco, gracias a la posición social privilegiada de su familia, pudo construir una masculinidad de prestigio, acorde con los tiempos de la tardía dictadura -la conocida como "dictablanda" por una cierta relajación de los mecanismos represivos franquistas- en los que el refinamiento cultural tenía una creciente importancia legitimadora del poder. Los estudios en Madrid y los viajes de formación al extranjero costeados por su padre, le permitieron alcanzar la cúspide social durante la Transición y el desarrollo de la democracia. Como enólogo y escritor de prestigio, con contactos políticos de alto nivel, y unas finanzas más que desahogadas, Francisco se mantuvo en la posición social de mayor prestigio que ya había alcanzado su padre. De hecho, su personaje ilustra cómo la masculinidad hegemónica es una estructura cuyo contenido se va a adaptando a la situación socioeconómica. Si la violencia y la falta de escrúpulos fueron atributos esenciales para que su padre triunfara en el contexto de la guerra civil y de la posterior represión franquista, su hijo no tuvo que ensuciarse las manos para disfrutar de los beneficios de una posición aventajada tanto con respecto a las mujeres como a otros grupos de hombres.

Es más, aunque él nunca llegó a conocer el turbio origen de la fortuna familiar, Francisco rechazó las prácticas que desplegaban los hombres poderosos del mundo provincial de su infancia y juventud: el autoritarismo, la violencia, el desprecio por los republicanos derrotados, el ultra nacionalismo, y con el paso del tiempo el racismo, eran cualidades extendidas en este círculo de amistades de su padre que avergonzaban a Francisco. Por eso, como otros hijos de los vencedores de la España de los años sesenta y setenta, se convirtió en "un joven católico de vocación social" (Chirbes 208). Las lecturas izquierdistas llevaron a Francisco a desarrollar una conciencia y preocupación social que sin embargo acabaría abandonando con la Transición, para abrazar los valores capitalistas de éxito individual y de culto al dinero. En este sentido, Francisco encarna a la perfección la "cultura del pelotazo" que brillantemente analiza Antonio Muñoz Molina en su ensayo *Todo lo que era sólido*. Según el prolífico escritor, a partir del fin de la Transición en 1985 y hasta el estallido de la burbuja inmobiliaria de 2008, las actuaciones de la clase política española facilitaron la abundancia de negocios "de una legalidad dudosa con los que se obtenían enormes beneficios" (39). Estos negocios fáciles y rápidos conocidos como "pelotazos" permitieron a Francisco incrementar la fortuna familiar y también

## *Polifonía*

son el origen del modelo económico español que, junto a factores internacionales, condujo a la aguda crisis en España.

A pesar de los escarceos de juventud por los lugares de la opresión y la marginación, Francisco pronto regresó a su posición hegemónica. Esto se aprecia más claramente en comparación con Esteban. Mientras que Francisco desarrolló una exitosa carrera profesional en Madrid, Esteban se quedó atrapado bajo la autoridad paterna en la carpintería familiar de Olba, el pequeño pueblo valenciano en el que los dos amigos nacieron, y también en el hogar familiar ya que nunca abandonó la casa de sus padres.

Acostumbrado a la frialdad y distancia de su padre y a la atención que éste prestaba a los errores de su hijo, Esteban nunca desarrolló la confianza en sí mismo necesaria para que surgieran las aspiraciones a una vida mejor. El propio Esteban explica la conexión entre el desapego paterno y su desidia cuando afirma que su padre le trataba “siempre de un modo áspero (...) poniendo en evidencia mi falta de habilidad y, sobre todo, rebajado mis aspiraciones como la vida se las rebajó a él. Lo que con él hicieron los ganadores de la guerra él lo ha dejado caer sobre mí” (134). Si bien Esteban entiende que fue la represión franquista la que impidió a su padre desarrollarse como sujeto, es incapaz de perdonarle por la transmisión del trauma de padre a hijo.

Pero a pesar de la mala relación con su padre y de la desidia hacia la carpintería familiar, Esteban decidió abandonar sus estudios artísticos en Madrid y regresar al negocio familiar en Olba debido a que se enamoró de Leonor. Desafortunadamente, la promesa de bálsamo para la desazón y el vacío que poco a poco iban colmando a Esteban, se transformó en una nueva experiencia traumática para él. En lugar de aspirar a ascender socialmente, rasgo asociado a la masculinidad hegemónica, Esteban sucumbió a su pasión por Leonor quien, lejos de corresponderle, lo abandonó para casarse con Francisco.

La ambiciosa hija de un pescador sedujo al rico del pueblo, quien gracias a su posición social la transformó en una famosa chef. La elección de Leonor refrendó la hegemonía de Francisco con respecto a Esteban. Este abandono ahondó la apatía del último y lo abocó a la imitación de ciertas prácticas del modelo paterno durante la mayor parte de su vida, si bien desde una posición menos degradada que la de su padre. Como segunda generación, el peso del estigma del comunismo en Esteban fue más liviano. Él era el hijo de un rojo. Instalado en una masculinidad en la órbita de la complicidad, que como señalé antes se beneficia de las ventajas del patriarcado sin

los riesgos y tensiones de estar en la primera línea de defensa del sistema (Connell, *Masculinities* 79), Esteban adopta algunos comportamientos de la masculinidad hegemónica. Un ejemplo de ellos son sus visitas a las prostitutas. Aunque sin llegar a profundizar en las razones de su incomodidad, Esteban confiesa sentirse sucio tras el encuentro con ellas.

Todas las interacciones de Esteban con mujeres estás mediadas por el dinero, pero mientras le repele comprar el sexo –pagar por mantener relaciones sexuales es un comportamiento a menudo asociado con la hombría en las sociedades tradicionales patriarcales pues evidencia la superioridad masculina en las relaciones de poder de género– no se da cuenta de que también el cariño de la empleada doméstica, Liliana, se basa en el dinero. Las frecuentes conversaciones con la colombiana mientras ella cuida del padre, generan unos sentimientos ambivalentes en Esteban. Si bien normalmente la trata como a la hija que nunca pudo tener con Leonor, también hay momentos de turbación por la atracción que en ocasiones siente hacia ella. Por su parte, Liliana alimenta el cariño de Esteban al asegurarle que la tendría siempre a su lado y que él “es para [ella] un padre” (220-21). De ahí que la herida sea más profunda cuando Liliana se niegue a visitarlo cuando Esteban no tenga dinero para pagarle.

Pero antes de esa última traición, tras la jubilación de su padre Esteban hace un intento de encaramarse a una posición hegemónica mediante una alianza con un promotor inmobiliario. A cambio de invertir todo lo que poseía en la última promoción de viviendas del promotor, el negocio de Esteban produciría la carpintería para las nuevas casas lo que le proporcionaría grandes beneficios económicos. Esteban intentó incorporarse a la cultura del pelotazo, es decir, poner en práctica otra de las actuaciones asociadas a una masculinidad hegemónica. Sin embargo, la crisis económica se desató, el promotor Pedrós se fugó conservando su riqueza y Esteban perdió absolutamente todo lo que poseía, incluida la casa familiar en la que todavía cuidaba a su padre, a estas alturas demente y mudo. Ante este nuevo embate de la vida el también viejo Esteban, comprende la falsedad de las promesas de igualdad, justicia y fraternidad que trajo la democracia. Víctima de su propio egoísmo, no halla en este nuevo fracaso sino la imposibilidad de escapar de unos modelos de identidad asfixiantes que sólo permiten actualizar la naturaleza fluida de las mismas a unos pocos. Por ello, fruto de los deseos de liberación personal y de liberar a su padre, decide acabar con su vida y con la de él.

La vivencia de las masculinidades marginada y cómplice como una condena tiene su equivalente en la insatisfacción personal de Francisco. Recluido en la soledad debido

a la temprana muerte por cáncer de Leonor, y por el rechazo de sus hijos, los lujos y el dinero no consiguen evitar que también él se sienta fracasado. Por tanto, las masculinidades encarnadas en la novela, herederas de las prácticas de los que ganaron y perdieron la guerra civil, impiden a los sujetos establecer relaciones profundas tanto con el otro género como con el propio, lo que inevitablemente conduce a una profunda insatisfacción vital.

En la orilla evidencia la interconexión del género con otras categorías como la clase social y la ideología, y la pervivencia en la España democrática de las desigualdades y traumas procedentes de la dictadura que condenan al sujeto a reproducir identidades de género opresivas que conducen a existencias incompletas y carentes de sentido. En lugar de cubrir de contenido social el andamio democrático construido tras la muerte del general Franco para asegurar la justicia social y la igualdad de oportunidades, el individualismo y la obsesión por el dinero se propagaron en la esfera económica, política y social española. El resultado fue una profunda crisis que va mucho más allá de lo económico y que afecta a los fundamentos de la sociedad y del individuo. La construcción de estos modelos de identidad avoca al individuo a un profundo vacío existencial que subraya la invalidez de dichos modelos y la necesidad de su superación.

### **Obras citadas**

- Cenarro, Ángela. "Matar, vigilar, delatar: la quiebra de la sociedad civil durante la guerra y la posguerra en España (1936-1948)." *Historia Social* 44 (2002): 65-86. JSTOR. Archivo PDF.
- Chirbes, Rafael. *En la orilla*. Barcelona: Anagrama, 2013. Impreso.
- . *Crematorio*. Barcelona: Anagrama, 2007. Impreso
- Connell, Raewyn W. y James Messerschmidt. "Hegemonic Masculinities: Rethinking the Concept". *Gender and Society* 19.6 (2005): 829-859. JSTOR. Archivo PDF.
- Connell, Raewyn W. *Masculinities*. Cambridge: Polity Press, 1995. Impreso.
- Hirsch, Marianne. "Family Pictures: Maus, Mourning and Post-Memory". *Discourse* 15.2 (1992-1993): 3-29. Web. 28 junio 2015.
- Jacobs, Helmut C. "Las novelas de Rafael Chirbes". *Iberoamericana* (1977-2000) 23.3/4 (1999) :175-181. JSTOR. Archivo PDF.

*Polifonía*

Muñoz Molina, Antonio. *Todo lo que era sólido*. Barcelona: Seix Barral, 2013.  
Impreso.

Portela, Edurne. "Hijos del silencio: intertextualidad, paratextualidad y postmemoria en *La voz dormida* de Dulce Chacón." *Revista de Estudios Hispánicos*. 41.1 (2007): 51-72. JSTOR. Archivo PDF.